

22.04.2010



Homía na toma de posesión

Vengo a vosotros, como recordabais en las catequesis de preparación para esta Celebración, como testigo de Cristo resucitado y enviado por el Santo Padre, el Papa, para ser con vosotros un fiel transmisor del mensaje de la salvación. Estamos celebrando con toda la Iglesia la fiesta del Buen Pastor. Jesús nos dice en el Evangelio : “ Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; el asalariado ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estragos y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas” (Jn 10,11ss). El buen pastor es el que expone su propia vida para defender a su rebaño y, además, pone todos sus cuidados en encontrar los mejores pastos para sus ovejas : “ El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta; hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma” (Sal 22,1-3). A aquellos a quienes apacienta el Señor, la bondad y la misericordia los acompañan todos los días de su vida y habitarán en la casa del Señor eternamente. En este día en que me acogéis como vuestro obispo y pastor quiero convocaros a una misión bien definida que consiste en seguir construyendo esta gran familia diocesana bajo la guía de Jesucristo, Buen Pastor. Esta gran misión, a la que



os convoco con todo mi corazón, tiene como objetivo reconocer a Jesucristo, Pastor Supremo de nuestras vidas y presente en la Iglesia, como el único salvador del mundo y acogerlo en medio de nosotros como el manantial de la verdadera vida y de la comunión eclesial que ha de brillar en el Pueblo de Dios que camina en nuestra Diócesis. Y para confesar a Jesucristo en la Iglesia, en medio de los veloces cambios sociales de nuestros días, es necesario renovar la adhesión de las personas a las enseñanzas y valores católicos, como nos pide el Santo Padre Benedicto XVI, en su reciente carta a los católicos de Irlanda (Cfr. Carta del Santo Padre Benedicto XVI a los católicos de Irlanda, 4). Quiero referirme explícitamente a algunos acontecimientos eclesiales que están fortaleciendo nuestra vida diocesana y en los que hemos de poner el mayor empeño y generosidad. En primer lugar, nuestra Diócesis ha de seguir volcando toda su energía pastoral en la gozosa celebración del presente Año Santo Jacobeo. La peregrinación jacobea es una gracia excepcional que el Señor nos envía para la renovación cristiana de nuestras parroquias y movimientos eclesiales en este tiempo, tan escaso de medios extraordinarios de evangelización. La próxima peregrinación del Santo Padre Benedicto XVI al sepulcro del Apóstol Santiago, será un acontecimiento eclesial de primerísimo orden que nos ofrece una ocasión ideal para fortalecer las raíces cristianas de todas nuestras familias y así renovar el compromiso bautismal de todos los diocesanos. Sé que en toda la Diócesis se están poniendo

muchos medios para la fructuosa celebración del Año Sacerdotal, convocado por el Papa con ocasión del 150 aniversario del "dies natalis" de San Juan María Vianney. Los sacerdotes estamos llamados a ser la presencia real y visible de Jesucristo, Buen Pastor. El Concilio Vaticano II señaló de modo conciso la problemática real de todo presbítero secular, al afirmar: " Los presbíteros, comprometidos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, se preguntan con ansiedad cómo compaginar su vida interior con las exigencias de la actividad exterior" (Prebiterorum Ordinis,14). Y añade el Concilio : " Los presbíteros pueden construir esa unidad siguiendo en el ejercicio de su ministerio el ejemplo de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad de Aquel que le envió a realizar su obra" (ibid.). Mucho se ha ahondado en la teología del sacerdocio después del Vaticano II, sobre todo en el Sínodo de 1990 y en el Magisterio Pontificio de los últimos años. Hoy la Iglesia guarda como un tesoro la doctrina acerca del sacerdocio que necesita ser encarnada en la vida de cada uno de nosotros, los sacerdotes. Por ello, el Santo Padre, Benedicto XVI, en la carta de convocatoria del Año Sacerdotal escribe : " Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo" (Carta de Convocatoria del Año Sacerdotal). Pido a todos los fieles de la Diócesis que recéis por nuestros sacerdotes. Necesitamos sacerdotes santos, sacerdotes según el corazón de Jesucristo, sacerdotes con entrañas de misericordia. El Papa nos dice que " el Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor" (Carta ibid.). Así será sin duda también en nuestra Diócesis si el Señor nos concede el regalo de muchos sacerdotes que anuncien y sean testigos vivos de la verdad del Amor de Dios (1Jn 4,8).

Quiero referirme en tercer lugar a un acontecimiento eclesial que deberá marcar decisivamente nuestra vida pastoral, la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en Madrid el año próximo. Los jóvenes son la esperanza de la Iglesia. Y en nuestra pastoral diocesana hemos de empeñar nuestros mejores esfuerzos en anunciar a los jóvenes la persona de Jesucristo y su Evangelio. Si nuestros jóvenes se dejan ganar por Jesucristo serán ellos el motor incansable de la renovación diocesana. Tendremos, entonces, padres cristianos que lucharán sin cesar por la vida y por la libertad desde el corazón de la familia; tendremos vocaciones sacerdotales y consagradas que contribuirán a la renovación incesante de la Iglesia; tendremos hombres y mujeres llenos de energía e ideas que afrontarán sin complejos los retos de nuestro mundo y las aporías de nuestra cultura. Para evangelizar a los jóvenes no hay que ser necesariamente joven. Me viene a la cabeza, como a todos vosotros, el gran apóstol contemporáneo de los jóvenes, el siervo de Dios Juan Pablo II. El testimonio de su amor ardiente al Señor y a la santísima Virgen, su valentía contra toda mentira y opresión, su permanente y heroica entrega a los demás, en fin, la fascinación de toda su persona permanecen en nuestro recuerdo como el modelo del apóstol de la juventud que nuestra Diócesis se ha de esforzar en imitar. A través de estos y otros muchos compromisos pastorales se irá concretando esa misión diocesana bien definida que consiste en caminar como una familia en comunión bajo la guía de Jesucristo, Buen Pastor. Bajo la guía de Jesucristo, Buen Pastor, pedimos al Eterno Padre que nos ayude a ser una Diócesis viva en medio de una sociedad emprendedora y en ejemplar proceso de renovación. Deseamos ser una Iglesia rejuvenecida por el Espíritu Santo en el corazón de una sociedad esencialmente dinámica, viviendo sin condiciones la apuesta por la caridad y asumiendo sin reservas la entrega a los necesitados. Es preciso que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo más íntimo de los corazones llenos de sufrimiento, de temor e incertidumbre, pero, al mismo tiempo, en busca de una fuente infalible de esperanza. Por eso, nuestra Iglesia Diocesana ha de poner su mayor empeño en acompañar a los hombres y mujeres de nuestra sociedad a redescubrir en Cristo el rostro del Padre: de aquel que es " Padre misericordioso y Dios de toda consolación" (2 Co 1, 3). Y en este

anuncio y testimonio de la misericordia divina hemos de situar a los enfermos como nuestra prioridad absoluta. Entre todos, con fraternidad cristiana y en un clima de diálogo, tendremos que ir concretando la misión en cada una de nuestras instituciones diocesanas en orden a este proyecto pastoral. Ante todo, hemos de pedirle al Señor que nos ilumine y nos dé fuerza para llevar a cabo su voluntad en nuestras vidas y nos ayude a descubrir lo que podemos, sabemos y debemos hacer cada uno para el bien de todos. Ante la hermosa misión que nos espera a todos los fieles cristianos de esta Iglesia particular de Tui-Vigo, hemos de mirar hacia adelante confiando en la palabra de Cristo. Nada puede justificar entre nosotros una sensación de dejadez y menos aún una actitud de desinterés. En la causa del Reino, como nos dice la Escritura, no hay tiempo para mirar hacia atrás (Cfr. Lc 9, 57-62). Sin embargo, como señala la Carta Apostólica “Novo Millennio Inneunte”, es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundamentado en la contemplación y en la oración (NMI,15). Es en estas dos dimensiones básicas de la vida cristiana dónde descubriremos y nos uniremos a la fuerza que da sentido y consistencia a nuestra misión eclesial. La Carta Apostólica “Novo Millennio Inneunte” dedica el capítulo tercero a reflexionar sobre el imperativo primordial de toda acción pastoral : caminar desde Cristo (NMI, 29-41). Hago votos para que todos los sacerdotes, religiosos y laicos de la Diócesis volvamos nuestra mente y pongamos el mayor interés en situar en el centro de nuestra vida diocesana aquellas recomendaciones dirigidas a toda la Iglesia al comienzo de este milenio. Allí resuena por todas partes el mensaje del Concilio Vaticano II y la experiencia de una renovación eclesial madura. Allí se nos recuerda cómo nos conviene descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática “Lumen Gentium” sobre la Iglesia, dedicado a la vocación universal a la santidad, para cuya pedagogía es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. También allí se nos urge a poner el mayor empeño en la liturgia, poniendo especial cuidado en la celebración de la Eucaristía, dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo, como Día del Señor. Así mismo nos llama a proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación, a la vez que a un renovado Anuncio y Escucha de la Palabra de Dios. Caminando desde Cristo, nuestra Diócesis se une a toda la Iglesia en la exigencia radical de la fe cristiana de ser testigos del Amor de Dios a todos los hombres. En una perfecta sintonía con Juan Pablo II, nuestro Santo Padre Benedicto XVI nos ha convocado desde el comienzo mismo de su pontificado a poner todas nuestras energías al servicio del Evangelio del Amor de Dios, del cual nace la esperanza para el mundo. Y antes de terminar, permitidme que exprese mi más ferviente súplica al Señor para nuestro trabajo pastoral diocesano. Pido al Señor Todopoderoso que nos conceda vivir y trabajar pastoralmente en profunda comunión eclesial. La comunión eclesial se ha ido convirtiendo paulatinamente en la referencia teológica de todo el legado eclesiológico del Concilio Vaticano II. En esa gran reflexión eclesial tuvo un papel central nuestro Santo Padre Benedicto XVI. Sobre esto volveremos, D. m., reiteradamente en nuestra vida diocesana. Quede, por hoy, resonando viva entre nosotros la ferviente llamada a vivir y promover la espiritualidad de comunión para hacer de nuestra Diócesis una casa y una escuela de comunión. (Cfr. NMI,43). Que Santa María, Madre y Modelo de la Iglesia, nos acompañe y nos guíe en esta gran misión a la que os convoco en nombre del Señor. Imploro para todos su protección maternal y amorosa y bajo su amparo pongo mi ministerio episcopal entre vosotros. La piedad mariana, joya preciosa de nuestra Diócesis, está presente en los espacios más solemnes y en los rincones más íntimos de nuestra vida diocesana. A su cultivo y cuidado dedicaremos lo mejor de todos. Que San Telmo, nuestro Patrono, predicador incansable de la fe no nos deje nunca de su mano. AMEN.

Luis Quinteiro Fiuza. Obispo de la Diócesis de Tui-Vigo